

todo sobrante en los oficios derivados. No es que todos los mecánicos, los operarios ó los dependientes hubiesen de poseer una finca; sino que de todos los varios oficios acudirían á la tierra bastantes trabajadores para aliviar cualquier presión producida por la falta de empleo.

CAPITULO XIV

LOS EFECTOS DE LA MAQUINARIA

Fácilmente veremos, si señalamos el efecto de las invenciones para la economía del trabajo, cómo la ignorancia, la negligencia ó el desprecio de los derechos humanos pueden convertir los beneficios públicos en públicas desgracias.

No es en absoluto por una ciega aversión á las innovaciones por lo que los chinos, hasta los más talentados é inteligentes, se oponen á que se introduzca en su densa población la maquinaria que para la economía del trabajo ha creado la civilización occidental. Reconocen la superioridad que en muchas cosas nos ha dado la invención, pero á su juicio, esta superioridad debe pagarse muy cara en definitiva. El espíritu oriental respeta, en realidad, los grandes poderes adquiridos por la civilización occidental, de la manera que el espíritu medioeval europeo respetaba las facultades que creía se adquirían con la magia negra, pero que finalmente debe pagar el que se sirve de ellas con la destrucción del cuerpo y la condenación del alma. Y hay en los actuales aspectos y tendencias de nuestra civilización mucho que puede confirmar á los chinos en esta opinión.

Es evidente que las invenciones y descubrimientos

que durante este siglo han aumentado tan enormemente la facultad de producir riqueza, no han producido bienes puros. Sus beneficios no sólo están distribuidos desigualmente, sino que producen efectos absolutamente perjudiciales. Concentran el capital y aumentan el poder de estas concentraciones para monopolizar y oprimir; hacen menos independiente al trabajador; le privan de las ventajas de la habilidad y de las ocasiones de adquirirla; le hacen perder el dominio de su situación y la esperanza de mejorarla; constriñen su espíritu y en muchos casos enervan su cuerpo.

Paréceme imposible considerar las tendencias actuales de nuestro desarrollo industrial sin comprender que si no hay salida de ellas, los filósofos chinos están en lo cierto y que las fuerzas que hemos llamado a nuestro servicio deben destruirnos en definitiva. Reducimos el coste de la producción; mas, al hacerlo así, no dejamos medrar á los niños, inutilizamos á las mujeres para los deberes de la maternidad y degradamos á los hombres á la situación de meros manejadores de máquinas. No debilitamos la violencia de la lucha por la existencia. Aunque trabajamos con una intensidad y aplicación que en la gran mayoría de nosotros no deja ni tiempo ni facultades para nada más, hemos aumentado, no disminuido, las angustias de la vida. La locura aumenta, el suicidio aumenta, la tendencia al concubinato aumenta. Estamos creando, por una parte, grandes adinerados, pero por otra, parias absolutos. Hay síntomas de enfermedad de los cuales no puede compensar ninguna ganancia. Con todo, es indudablemente injusto atribuir el necesario bien ó el necesario mal á los adelantos é inventos que así están cambiando las relaciones industriales y sociales. Aumentan simplemente la fuerza: y la fuerza puede

producir mal ó bien, según que la inteligencia la rija ó deje de regirla.

Consideremos los efectos de la introducción de la maquinaria para la economía del trabajo; ó más bien, de todos los descubrimientos, invenciones y adelantos que, aumentando su producto, pueden obtener una suma determinada de trabajo. En ese estado primitivo en que el trabajo de cada familia satisface sus necesidades, cualquier invención ó descubrimiento que aumente la facultad de satisfacer una de estas necesidades, aumentará la facultad de satisfacerlas todas, desde el momento en que el trabajo ahorrado en una dirección puede gastarse en otras direcciones. Cuando se ha efectuado la división del trabajo y los distintos individuos se apoderan de los distintos medios de producción, la ganancia obtenida por cualquier adelanto para la economía del trabajo en una rama de la producción sería, en cierta manera, proporcionada á todas. Si, por ejemplo, los adelantos se llevan á cabo en el tejido del traje y el trabajo del hierro, el efecto será que una fanega de trigo se cambiará por más trajes y más hierro, y así el labrador se pondrá en condiciones de obtener la misma cantidad de todas las cosas que necesita con menos trabajo ó una cantidad algo mayor con el mismo trabajo. Y así con todos los demás productores.

Aun cuando el adelanto se mantenga en secreto, ó el inventor esté protegido algún tiempo por una patente, sólo en parte puede retenerse el beneficio. La característica general de los adelantos para la economía del trabajo, al menos después que se ha llegado á cierta etapa en las artes, es que la producción de grandes cantidades es necesaria para asegurar la economía. Y los que ejercen el monopolio se ven impulsados, por

su deseo de obtener mayor provecho, á producir más á precios más reducidos, antes que á producir la misma cantidad al precio convenido, facilitando así á los productores de otras cosas el obtener por menos trabajo las cosas particulares en cuya producción se ha efectuado la economía y difundiendo así parte del beneficio, y generalmente la parte más considerable, por todo el campo de la industria.

De esta manera, todas las invenciones para la economía del trabajo tienden á aumentar el poder productivo de todo el trabajo, y excepto en cuanto que son monopolizados, todo su beneficio se difunde así. Porque si en una ocupación el trabajo se hace más provechoso que en otras, el trabajo es atraído hacia ella hasta que se restablece el promedio en las demás ocupaciones. Y así, donde no lo fué impedida artificialmente, la misma tendencia pone al nivel común las ganancias del capital. El efecto directo de los adelantos y las invenciones que aumentan el poder productivo es siempre—ha de notarse—aumentar las ganancias del trabajo, nunca las del capital. Las ventajas, aun en adelantos que primariamente parezcan servir más bien á la economía del capital que á la del trabajo, como, por ejemplo, una invención que disminuye el tiempo requerido para el curtido de cueros, se convierte en una propiedad y una ventaja del trabajo. La razón es, para no entrar en explicación más detallada, que el trabajo es el factor activo en la producción. El capital es únicamente su utensilio é instrumentos. Las grandes ganancias, hechas por capitalistas particulares en la utilización de adelantos, no son las ganancias del capital, sino, generalmente, las ganancias del monopolio, aunque algunas veces sean ganancias de aventura ó de manejos. El cálculo del in-

terés, que es la medida de las ganancias del capital, no ha aumentado, con todos los enormes adelantos de nuestro siglo para la economía del trabajo; por el contrario, ha tenido tendencia á disminuir. Pero el requisito de grandes sumas de capital, que es, generalmente, la característica de los adelantos para la economía del trabajo, aumenta la facilidad con que los que tienen grandes capitales pueden establecer monopolios que les ponen en condiciones de interceptar lo que, naturalmente, entraría en el trabajo. Este, sin embargo, es un efecto más bien que una causa de la impotencia del trabajo, para sacar provecho de los adelantos en la producción.

Para buscar la causa debemos ir más lejos. Mientras que los adelantos para la economía del trabajo aumentan la facultad del trabajo, ningún adelanto ni invención puede libertar al trabajo de su independencia sobre la tierra. Los adelantos para la economía del trabajo sólo aumentan el poder de producir la riqueza de la tierra. Y siendo la tierra monopolizada como propiedad privada de ciertas personas, que pueden así impedir que otras la usen, los poseedores de tierra pueden exigir del trabajo todas estas ganancias que primariamente aumentan el trabajo. Así vemos que la marcha del adelanto y de la invención no ha aumentado el interés ni los salarios, sino que su efecto general ha sido en todas partes aumentar el valor de la tierra. Donde se ha conseguido el aumento de salarios ha sido por combinación ó por la concurrencia de causas especiales; pero lo que de la productividad aumentada, que primariamente se adhiere al trabajo, se ha asegurado así, es relativamente mezquino. Alguna parte ha entrado en otros varios monopolios; pero la mayor parte ha entrado en el mo-

nopolio del suelo, ha aumentado la renta del terreno y ha subido el valor de la tierra.

El ferrocarril, por ejemplo, es una gran invención para la economía del trabajo. No aumenta la cantidad de grano que el labrador puede recoger ni la cantidad de géneros que el fabricante puede vender; pero, reduciendo el coste del transporte, aumenta la cantidad de todas las varias cosas que pueden obtenerse á cambio del producto de ambos géneros; lo que prácticamente equivale á lo mismo. Las ganancias aumentan primordialmente el trabajo; es decir, la ventaja causada por el ferrocarril en el distrito por donde cruza es ahorrar el trabajo, poner al mismo trabajo en condiciones de procurar más riqueza. Pero vemos que donde se construyen los ferrocarriles no hay trabajo que asegure la ganancia. Siendo el ferrocarril un monopolio—y en los Estados Unidos un monopolio prácticamente sin restringir—una porción, la mayor posible, de estas ganancias, además de los buenos productos para el capital invertido, es interceptada por los administradores que, por gastos ficticios, malversación de fondos y de muchos otros modos, ocultan sutilmente sus recaudaciones y que roban generalmente á los accionistas mientras trasquilan al público. El resto de la ganancia; la ventaja que, después de estas exacciones, se agrega al trabajo, es interceptada por los monopolistas de la tierra. Cuando la productividad del trabajo aumenta, y hasta cuando hay una promesa de aumento, el valor de la tierra aumenta, y el trabajo, teniendo que trabajar proporcionalmente más por la tierra, es despojado de todo beneficio. Enseñados por la experiencia, cuando un ferrocarril abre un nuevo distrito, no esperamos que aumenten los salarios; lo que esperamos aumentar es el valor de la tierra.

Los ferrocarriles elevados de New-York son grandes máquinas para la economía del trabajo, que han reducido mucho el tiempo y el trabajo necesario para llevar á las personas de un extremo de la ciudad á otro. Han hecho accesible á la población sobrante de la parte más baja de la isla los espacios vacantes de la más alta. Pero no han aumentado las ganancias del trabajo ni han hecho más fácil la vida al mero trabajador. Alguna porción de la ganancia ha sido interceptada por Mr. Ciro Field, Mr. Samuel J. Filden, Mr. Jay Gould, y otros accionistas y manipuladores. Además de esto, los poseedores de la tierra han sacado ventajas. La reducción en el tiempo y el coste de los transportes ha dejado mucha tierra vacante accesible á un exceso de población, pero como esta tierra se ha hecho accesible, así su valor se ha elevado y la tentacular de la población está tan llena como siempre. Los accionistas de caminos han ganado algunos millones; los poseedores de terreno fingieron algunos cientos de millones; pero las clases trabajadoras de New-York no están mejor por eso. Lo que ganan en el transporte mejorado, deben pagarlo en renta aumentada.

Y así sucedería con cualquier adelanto ó beneficio material. Suponiendo que los ricos de New-York se hubiesen imbuido de repente de ese espíritu filantrópico que se muestra en la Biblioteca de Astor y en el Instituto de Cooper, induciéndoles á empobrecerse en la emulación para provecho de sus ciudadanos. Suponiendo que un hombre como Mr. Gould hiciese públicos los caminos propios, y tomara á su cuenta el coste de la Oficina de Incendios y pusiese á cada casa en comunicación con un teléfono público; y que Vanderbilt, para no ser menos, tomase á su cargo el cos-

te de buenos pavimentos y la limpieza de las calles, y los coches de plaza, mientras los Astors establecían bibliotecas en todos los barrios; suponiendo que los millones de cincuenta, de veinte, de diez y hasta de menos, atacados de la misma pasión, separada ó conjuntamente, por cuenta propia, estableciesen abundantes depósitos de agua; y dieran calor y luz y mejoras y mantuviesen las escuelas; abriesen teatros y conciertos al público; construyesen jardines, baños y mercados públicos; fundasen almacenes, donde todo se comprase al menudeo por el precio más reducido posible; en una palabra, que se hiciese todo lo que se debiera para hacer de New-York un sitio barato y agradable. El resultado sería que, siendo New-York un sitio más apetecible, desearía vivir en él más gente y los poseedores de terreno ganarían más por el privilegio. Todos estos beneficios aumentarían la renta.

Y así, cualquiera que sea el carácter del adelanto, su beneficio, estando monopolizada la tierra, debe redundar, en definitiva, en los poseedores de terreno. Si los inventos para la economía del trabajo se llevasen tan lejos que se destruyese la necesidad del trabajo en la producción de la riqueza, el resultado sería que los poseedores de terreno administrarían toda la riqueza que se produjese y no necesitarían participar en el trabajo ni siquiera de lo que es necesario para su sustento. Si aumentase la capacidad del terreno, la ganancia sería de los poseedores. O si el adelanto se efectuase en la capacidad del trabajo, los poseedores de la tierra, y no los labradores serían, así y todo, los que sacarían el provecho.

Porque siendo la tierra indispensable al trabajo, los que monopolizan la tierra pueden pactar con el tra-

bajo; ó más bien, la competencia con cada uno de los que no pueden emplearse y tienen que encontrar empleo ó morir de hambre, bajará los salarios á la tasa más reducida en que las costumbres de la clase trabajadora les permiten vivir y reproducirse. En este punto deben apoyarse los salarios del trabajo común, en todos los países donde la tierra está íntegramente monopolizada, y hacia él tienden todos los demás salarios, manteniéndose sobre ese punto sólo por las condiciones especiales, artificiales ó no, que dan al trabajo, en algunos oficios, salarios más elevados que en otros. Y así ningún adelanto, ni siquiera estando al alcance del mismo trabajo—ya provenga de la educación, ya del actual desarrollo de la fuerza muscular ó de la posibilidad de hacer con menos descanso y trabajo las horas más largas—puede elevar sobre este punto los salarios del trabajo. Vemos esto en los países y en las profesiones donde el trabajo de las mujeres y de los niños viene en ayuda del que gana el pan para el sostén de la familia. Mientras que cualquier aumento en la economía y ahorro, tan pronto como se hiciese general, sólo disminuiría, no aumentaría, la economía del trabajo.

Esta es la «ley de bronce de los salarios», como la llaman los alemanes; la ley que determina los salarios al minimum con que los trabajadores consentirían en vivir y reproducirse. Eso está reconocido por todos los economistas, aunque la mayoría de ellos lo atribuyan á causas distintas de la verdadera. Es indudablemente un resultado inevitable de hacer de la tierra, que todos podemos vivir, propiedad exclusiva de algunos. El dueño del suelo es, necesariamente, dueño de los hombres que lo cultivan. Son tan verdadera y absolutamente sus esclavos como si le fuese reconoci-

da la propiedad sobre la carne y la sangre. La competencia mutua para conseguir de él los medios de vida deben obligarle á darle todas sus ganancias á no ser los salarios indispensables de la esclavitud; es á saber, lo bastante para que continúen en su situación de trabajadores. Y como ningún aumento posible en el poder de su trabajo ni reducción en los gastos de su vida puede beneficiar al esclavo, tampoco, donde la tierra está monopolizada, á los que no tienen nada más que su trabajo. Sólo puede aumentar el valor de la tierra la proporción del producto que obtiene el dueño. Y siendo este el caso, el gran empleo de la maquinaria, la mayor división del trabajo, los mayores contrastes en la división de la riqueza conviértense para las clases trabajadoras en males positivos, que hacen su destino más duro y más desesperado, según avanza el progreso material. Hasta la educación aumenta la capacidad de sufrir. Si el esclavo debe continuar siendo esclavo, es crueldad educarle.

Todo esto no podemos comprobarlo plenamente, porque la revolución industrial, que comenzó con la introducción del vapor, está todavía en sus primeras etapas, mientras que la invasión de un nuevo continente ha reducido la presión social, no sólo aquí, sino hasta en Europa. Pero el nuevo continente está vallándose rápidamente, y la revolución industrial avanza á grandes pasos.

CAPITULO XV

ESCLAVITUD Y ESCLAVITUD

Debo dejar al lector continuar en otras direcciones, si lo prefiere, las investigaciones á que se han dedicado los tres últimos capítulos (1). Cuanto más minuciosamente las examine, más plenamente se convencerá de que en la base de todo problema social yace una injusticia social y de que «la ignorancia, la negligencia ó el desprecio de los derechos humanos son las causas de las desgracias públicas y de las corrupciones del gobierno». En realidad, sin embargo, no es necesario un examen minucioso. Para comprender por qué el progreso material no rinde beneficios á la gran masa no se requiere más que un conocimiento de la verdad, por sí misma evidente, de que el hombre no puede vivir sin la tierra; que sólo en la tierra y por la tierra puede producirse el trabajo humano.

Robinson Crusoe, como todos sabemos, tomó á Viernes por esclavo. Supongamos, sin embargo, que en vez de tomar á Viernes por esclavo, Robinson Crusoe le hubiera acogido como hombre y hermano; le hubie-

(1) Están continuadas, en forma más científica y metódica, en mi *Progress and Poverty*, libro á que debo remitir al lector para una discusión más detallada de las cuestiones económicas.

se leído una Declaración de Independencia, una Proclamación de Emancipación y una Décimaquinta Reforma informándolo de que era un ciudadano libre é independiente, y poniéndolo en condiciones de votar y de ejercer un cargo; y que al mismo tiempo le hubiese hecho saber que aquella isla particular era propiedad privada y exclusiva suya (de Robinsón Crusoe). ¿Cuál hubiera sido la diferencia? Desde el momento en que Viernes, si vivía, debía vivir en la isla, á menos de que huyera por los aires, hubiera sido esclavo. La propiedad de Crusoe sobre la isla sería equivalente á su propiedad sobre Viernes.

La esclavitud de bienes muebles es, en realidad, sólo la forma ruda y primitiva de propiedad del hombre. Sólo aumenta donde la población se esparce; nunca, á no ser por la virtud de circunstancias, continúa donde la presión de la población da á la tierra un valor muy subido; porque en ese caso la propiedad de la tierra da todo el poder que deriva de la propiedad en forma más conveniente. Cuando en el curso de la historia vemos á los conquistadores haciendo esclavos de los conquistados, es siempre donde la población está esparcida y el valor de la tierra es escaso, ó donde necesitan recoger su despojo humano. En otros casos los conquistadores únicamente se apropian las tierras de los conquistados, por cuyo medio obligan tan efectivamente y mucho más convenientemente al conquistado á trabajar para ellos. Hasta que las grandes fincas de los ricos patricios comenzaron á despoblar Italia, no comenzó la importación de esclavos. En Turquía y Egipto, donde la esclavitud es todavía legal, está limitada á las pupilas y sirvientas de los harenes. Los barcos ingleses llevaban esclavos negros á América y no á Inglaterra ó Irlanda, porque en América

la tierra estaba barata y el trabajo valía mucho, mientras que en la Europa occidental la tierra estaba cara y el trabajo era barato. Tan pronto como la posibilidad de expansión sobre la nueva tierra cesó, la esclavitud murió en nuestros Estados meridionales. Los plantadores meridionales no tienen la abolición de la esclavitud. Sacan tantos colonos de los libertos como de los esclavos. En cuanto á la esclavitud territorial—el apego de los siervos á la gleba—forma de esclavitud de bienes muebles que existió mucho tiempo en Europa, sólo está en uso para el propietario donde hay poca competencia para la tierra. Ni la esclavitud territorial, ni la absoluta esclavitud de bienes muebles hubiera aumentado la autoridad virtual del propietario rural irlandés sobre sus hombres, su poder de hacerles trabajar para él sin recompensa. Su competencia por los medios de vida que se le ha asegurado, son todos los que tiene posibilidad de obtener. Para el propietario inglés, la propiedad de esclavos sólo sería una carga y una pérdida, cuando puede conseguir trabajadores por menos de lo que costaría mantenerlos como esclavos, pues si se ponen enfermos puede hacerlos volver á su casa. ¿Qué ganaría el manufacturero de Nueva Inglaterra con esclavizar á sus operarios? La competencia mutua de los llamados hombres libres, á quienes se les niega todo derecho al suelo á lo que considera su campo, le hace el trabajo más barato y más conveniente de lo que se lo haría la esclavitud de bienes muebles.

Que una persona pueda ser esclavizada tan efectivamente apoderándose de sus tierras como apoderándose de su cuerpo, es una verdad que han reconocido los conquistadores de todas las épocas y de que pronto se han dado cuenta, cuando la sociedad progresaba,

los fuertes y los despreocupados que deseaban vivir del trabajo de otros. La forma más grosera de la esclavitud, en que cada esclavo particular es propiedad de un poseedor particular, sólo se acomoda á un estado rudo de la sociedad, y con el desarrollo social exige más y más cuidado, molestias y gastos por parte del poseedor. Pero apoderándose de la tierra, en vez de apoderarse de la persona, se ahorran los propietarios muchos cuidados, vigilancia y gastos, y aunque un amo particular no posee ningún esclavo particular, así y todo, una clase se apropia el trabajo de la otra clase como antes.

Que cada esclavo particular fuese poseído por un amo particular, se convertiría, en realidad, en una desventaja manifiesta para los amos, cuando el progreso social continúa y la organización industrial se hace más compleja. Veríanse en la precisión de excitar con el látigo ó de obligar de otra manera á los esclavos á trabajar; tendrían que tomarse el trabajo de vigilarlos y de mantenerlos cuando se pusiesen enfermos ó inútiles; sufrirían la molestia de encontrar trabajo para ellos ó de alquilarlos, cuando, en distintas épocas ó temporadas, el número de esclavos que distintos amos ó distintos compradores pudiesen emplear ventajosamente variara. Cuando el progreso social amenazase, estas inconveniencias, si no hubiese otro modo de obviarlas, habrían inducido á los dueños de esclavos á adoptar un plan para la propiedad y manejo de esclavos, como el que en el manejo del capital hubiese dictado la mutua conveniencia de los capitalistas. En un estado de rudeza social, el hombre que necesita dinero para sus usos particulares debe atesorarlo, ó, si viaja, llevarlo consigo. El hombre que tiene capital debe emplearlo ó prestarlo. Pero la mu-

tua conveniencia ha sugerido, á medida que la sociedad ha evolucionado, métodos de evitar esta molestia. El hombre que desea tener su dinero accesible lo coloca en un Banco; que no sólo se lo guarda y se lo maneja, sino que á ese dinero particular añade un interés. Y así, poniendo su capital en cajas de ahorro y compañías de crédito, ó comprando acciones ú obligaciones, se desentiende de toda molestia de manejarlo y emplearlo. Si la esclavitud de bienes muebles hubiese continuado, se hubiera adoptado, con el tiempo, algún plan semejante para la propiedad y manejo de esclavos. Mas al cambiar la forma de esclavitud—manumitiendo á los hombres y apropiándose la tierra—todas las ventajas de la esclavitud de bienes muebles pueden asegurarse, sin ninguna de las desventajas que en una sociedad compleja acompañan á la posesión de un criado particular por un amo particular.

Incapaces de emplearse, los trabajadores nominalmente libres se ven obligados, por su competencia mutua, á pagar como renta todas sus ganancias, llevando una existencia pobre ó á vender su trabajo por salarios que no dan más que para vivir con escasez; y lo mismo que los dueños de tierra, los ex poseedores de esclavos se ven, como antes, en condiciones de apropiarse el trabajo ó el producto del trabajo de sus antiguos bienes muebles, teniendo en el valor que esta facultad de apropiarse los productos del trabajo da á la propiedad de la tierra un valor capitalizado equivalente, ó más que equivalente, al valor de sus esclavos. No tienen ya que obligar á sus esclavos á trabajar; la necesidad y el miedo á la necesidad lo consiguen más eficazmente que el latigazo. Ya no tienen que tomarse la molestia de buscarles empleo ó de al-

quilar su trabajo, ni tienen que hacer el gasto de mantenerlos cuando no pueden trabajar. Eso redundaría en perjuicio de los esclavos. El tributo que todavía arrancan del trabajo parece como un pago voluntario. En realidad, lo toman como la parte modesta de la recompensa de la producción... ¡y eso después de proporcionar el terreno! Y ven que los llamados economistas políticos, por no hablar de los llamados predicadores de Cristo, les explican eso.

Nosotros, los de los Estados Unidos, ganamos crédito por haber abolido la esclavitud. Dejando a un lado la cuestión de á cuánto crédito somos acreedores la mayoría de nosotros por la abolición de la esclavitud de los negros, es cierto que sólo hemos abolido una forma de esclavitud, y ésta es una forma primitiva que había sido abolida en la mayor parte del país por el progreso social y que, á pesar de que su carácter de raza le daba una tenacidad peculiar, hubiera sido abolida con el tiempo, del mismo modo, en otras partes de la Unión. No hemos abolido, realmente, la esclavitud; la hemos conservado en su forma más perversa y extendida, en una forma que se aplica á los blancos como á los negros. Lejos de haber abolido la esclavitud, ésta está extendiéndose é intensificándose, y no tenemos escrúpulo en introducir en ella á nuestros hijos, los ciudadanos de la república venidera. Porque, ¿qué otra cosa estamos haciendo al vender la tierra en que los futuros ciudadanos deben vivir, si han de vivir?

La esencia de la esclavitud es el robo del trabajo. Consiste en obligar á los hombres á trabajar, aunque arrancándoles el producto, dejándoles sólo lo suficiente para una vida pobre. ¿De cuántos de nuestros futuros «ciudadanos americanos libres é iguales» es éste

ya el destino? ¿Y de cuántos más ha de ser? En todas nuestras ciudades hay, aun en los buenos tiempos, miles y miles de hombres que de buena gana irían al trabajo por salarios que sólo les diesen sustento y vestido; es decir, que de buena gana aceptarían salarios de esclavos. He afirmado anteriormente que la Oficina de la Estadística del Trabajo de Massachusetts y la Oficina de la Estadística del Trabajo de Illinois declaran que en la mayoría de las ganancias de los trabajadores con salario apenas bastan para mantener á sus familias, y á ellas deben unirse las ganancias de las mujeres y niños. En nuestros Estados más ricos se encuentran hombres reducidos á un peonaje virtual, viviendo en casa de sus amos, comprando en sus comercios y siendo, en su mayoría, incapaces de pagar sus deudas numerosas de un año á otro. En New-York se cosen camisas de hombre á 35 céntimos docena, y las mujeres trabajan de catorce á diez y seis horas por día para ganar de unos tres á cuatro duros por semana. Hay otras ciudades donde los precios de ese trabajo son más reducidos todavía. En cuestión de dinero, ningún amo podía hacer á los esclavos trabajar tanto y mantenerlos tan barato.

Pero puede decirse que la analogía entre nuestro sistema industrial y la esclavitud de bienes muebles sólo está fundada en la consideración de los extremos. Entre los que llevan una existencia pobre y los que pueden vivir á costa de las ganancias de los demás, hay muchos grados, y en esto radica la gran clase media. Por otra parte, entre todas las clases hay un constante movimiento de individuos. El nieto del millonario puede ser mendigo, al paso que el pobre hombre que ha perdido la confianza para sí mismo, puede concebirla para su hijo. Además, no es cierto que

toda la diferencia entre lo que el trabajo gana y lo que realmente adquiere, recaiga en los dueños de las tierras. Y entre nosotros, en los Estados Unidos, muchos de los dueños de tierras viven misérrimamente; son hombres que poseen la casa en que habitan, ó el suelo que cultivan, y que combinan los caracteres de labrador y propietario rural.

Estas objeciones serán mejor resueltas esforzándose por imaginar una sociedad bien adelantada, como la nuestra, en que la esclavitud de bienes muebles exista sin distinción de raza. Hacer esto requiere alguna imaginación, porque no sabemos de un caso así. La esclavitud de bienes muebles había muerto en Europa antes de que la civilización moderna comenzase, y en el Nuevo Mundo sólo ha existido como esclavitud de raza y en comunidades de escaso desarrollo industrial. Pero si imaginamos la esclavitud sin distinción de raza en una comunidad progresiva, veremos que la sociedad, aun partiendo de un punto en que la mayoría de los hombres hubiese hecho esclavos á los demás, no puede constar por mucho tiempo sólo de dos clases: amos y esclavos. La indolencia, el interés y la necesidad de los amos pronto crea una clase de intermediarios entre ellos y los completamente esclavizados. Para vigilar el trabajo de los esclavos y tenerlos sujetos sería necesario sacar de las filas de los esclavos vigilantes, etc., y recompensarlos con algo más que el producto del trabajo que se da al esclavo ordinario. Así, pues, sería necesario también desplegar especial habilidad y talento. Y en el curso del desarrollo social surgiría necesariamente una clase de comerciantes que, cambiando los productos del trabajo del esclavo, retuviese una porción considerable, y una clase de contratistas que, alquilando el trabajo de

los esclavos, también retuviese una porción de su producto. Así, entre los esclavos obligados á trabajar para vivir pobremente, y los amos, que vivían sin trabajar, se formarían intermedios de varios grados, algunos de los cuales adquirirían indudablemente gran riqueza.

Y en los cambios de fortuna, algunos poseedores de esclavos se pasarían constantemente á la clase de intermediarios, y finalmente, á la clase de esclavos, mientras que desaparecerían los esclavos individuales. La conciencia, benevolencia ó gratitud de los amos les induciría ocasionalmente á manumitir esclavos; su interés les induciría á recompensar la diligencia, inventiva, fidelidad á sí mismos, ó su traición á sus compañeros, de los esclavos particulares. Así, como ha ocurrido muchas veces en los países donde había esclavos, encontraríamos esclavos que estuviesen en libertad de hacer lo que quisieran, con la condición de pagar un tanto á sus amos cada mes ó cada trimestre; esclavos que habían comprado en parte su libertad por un día ó dos ó tres á la semana, ó por ciertos meses al año, y los que se habían comprado por completo á sí mismos ó se les había ofrecido la libertad. Y, como siempre ha ocurrido, donde la esclavitud no tenía carácter de raza, algunos de estos ex esclavos de sus hijos, en su constante movimiento, se hubieran abierto camino hasta los altos puestos; de suerte, que en esa sociedad los apologistas del estado de la naturaleza señalarían triunfalmente estos ejemplos, diciendo: «Ved qué cosa más buena es la esclavitud. Cualquiera esclavo puede hacerse por sí mismo amo de esclavos sólo con que sea fiel, industrioso y prudente. Sólo su ignorancia, disipación y pereza impiden á todos los esclavos el hacerse amos.» Y entonces habría

lamentos sobre la naturaleza humana. «¡Ah!, dirían, la culpa no está en la esclavitud, está en la naturaleza humana»; dando á entender, como es natural, otra naturaleza humana que no sea la suya. Y si cualquiera aludía á la abolición de la esclavitud, le acusarían de atentar á los sagrados derechos de la propiedad y de esforzarse por robar á las pobres é ignorantes viudas de los esclavos, que eran su única dependencia; le llamarían comunista, enemigo del hombre y desafiador de Dios.

Considerad, además, la operación de las contribuciones en una sociedad avanzada basada en la esclavitud de bienes muebles; el efecto del establecimiento de monopolios de fábrica, comercio y transporte; de la creación de deudas públicas, etc., y veremos que en la realidad los fenómenos esenciales sería esencialmente la misma, si los hombres se convirtiesen en propiedad como lo son bajo el sistema que hace la propiedad de la tierra. Si debe recordarse, sin embargo, que la esclavitud que resulta de la apropiación de la tierra no viene súbita, sino insidiosa y progresivamente. Donde la población está esparcida y la tierra tiene poco valor, la institución de la propiedad privada en la tierra puede existir sin que su efecto se deje sentir mucho. Cuando se hace más y más difícil adquirir la tierra, la esclavitud virtual de las clases trabajadoras continuará. A medida que sube el valor de la tierra, más y más se exigirán las ganancias del trabajo para el uso de la tierra, hasta que finalmente no les queda á los trabajadores más que los salarios de la esclavitud: una vida miserable.

Pero el grado, así como el modo, afecta á los individuos en este movimiento extraordinariamente. Donde la propiedad de la tierra se ha difundido mu-

cho, quedaría por algún tiempo después que el mero trabajador fuese reducido á los salarios de la esclavitud, un número mayor de insignificantes dueños de tierras que ocupan una posición intermedia y que, según la tierra que poseen y la relación que tiene con su trabajo, puede compararse, para tomar un paralelo de la esclavitud de bienes muebles á los poseedores de unos pocos esclavos; á los que no poseen ningún esclavo, sino que son libres; ó á los esclavos parciales, obligados á prestar servicio por uno, dos, tres, cuatro ó cinco días á la semana, pero libres el resto del tiempo. A medida que la tierra adquiere más valor, esta clase pasará gradualmente á las filas de los esclavizados por completo. El independiente labrador americano, trabajando con sus propias manos su terreno, está condenado á extinguirse tan ciertamente como lo estuvo hace dos mil años su prototipo de Italia. Debe desaparecer con el progreso de la propiedad rural privada, como el *yeoman* (1) inglés ha desaparecido ya.

Hemos abolido la esclavitud de los negros en los Estados Unidos. Pero ¡qué insignificante es el provecho real para el esclavo! Mr. Jorge Jackson me escribe desde San Luis, con fecha del 15 de Agosto de 1883: «Durante la guerra serví en un regimiento de Kentucky en el ejército federal. Cuando la guerra estalló, mi padre poseía seis esclavos. No he vuelto á mi antiguo hogar de Kentucky durante unos años, hasta hace poco tiempo. Salióme al encuentro uno de los antiguos negros de mi padre, que me dijo: Amo Jorge, decís que nos dejáis libres; pero, voto á Dios, que estoy peor que con su padre. Los plantadores, por otra parte, se pusieron contentos con el cambio. Decían: ¡Qué locos

(1) Tipo del labrador acomodado.—(N. del T.)

éramos en ir á la guerra por la esclavitud! El trabajo es ahora más barato que cuando poseíamos esclavos. ¿Cómo está más barato? Porque, en forma de rentas, arrancan más trabajo del negro que cuando dominaba, porque entonces se veían obligados á darle el suficiente alimento, vestido y servicio médico para conservar le bueno cuando no tenía trabajo, á lo que les forzaba la opinión pública, así como la ley. Ahora, su interés y responsabilidad cesa cuando le han arrancado todo el trabajo que pueden.»

En una de sus novelas, el capitán Marryat dice de un maestro de escuela que anunció que había abandonado el uso del puntero. Cuando las sensibles madres, tentadas por este anuncio, llevaban á sus niños á su escuela, estaba elocuente al denunciar la barbarie de tal uso. Pero apenas les había cerrado las puertas, los desdichados discípulos veían que el maestro había abandonado el uso del puntero... ¡por el uso del bastón! Mucho de esto ocurre con nuestra abolición de la esclavitud de negros. El único de nuestros hombres eminentes que tuvo presentimiento de lo que era realmente necesario para la abolición de la esclavitud, fué Tadeo Stephens; mas sólo tuvo un vislumbre. «Cuatro acres y una mula» hubiera sido una medida de mezquina justicia para los libertos y les hubiera dado por algún tiempo algo de esa independencia personal que es necesaria para la libertad; pero sólo por algún tiempo. En el curso del tiempo, y á medida que la presión de la población aumentaba, los cuatro acres en la mayoría de ellos se hubieran hipotecado y la mula se hubiera vendido, y pronto hubieran sido, como ahora, competidores de un palmo de tierra y del medio de ganarse con él la vida. Esa medida hubiera dado á los libertos un arranque mayor y para muchos

de ellos hubiera retardado el día de la miseria y nada más. Siendo la tierra propiedad privada, ese día *debe* llegar.

No niego que los negros del Sur han ganado en algunas cosas con la abolición de la esclavitud de bienes muebles. Ni siquiera insistiré en que, en conjunto, su situación material no ha mejorado. Pero debe recordarse que el Sur tiene una población muy dispersa y está atrasadísimo en progreso industrial. La existencia continuada de la esclavitud fué en parte el efecto y en parte la causa de esto. Según la población aumenta, á medida que la industria adelanta, la situación del liberto se hace cada vez más penosa. La tierra está relativamente barata en el Sur, y hay mucho, no sólo sin cultivar, sino sin reclamar. La consecuencia es, que los manumitidos no se ven comprometidos en esa fiera competencia de la densidad de población; no hay sobrante aparente de trabajo que busca empleo sometiéndose á cualquier condición, como en el Norte. Los manumitidos ganan la vida, como en los días de esclavitud, en muchos casos, una vida peor; pero todavía hay poca ó ninguna dificultad en ganarla. Para comparar el nuevo estado de los libertos con los esclavos, debemos aguardar á que en población y progreso industrial el Sur comience á asimilarse la situación del Norte.

Mas ni siquiera en el Norte (ni para este respecto siquiera en Europa) ha llegado á su apogeo esa forma de la esclavitud que necesariamente resulta de la privación del trabajo por la monopolización de la tierra. Porque la vasta área de terreno desocupado en este continente, ha impedido que los efectos íntegros de los adelantos se dejen sentir en todas partes. Cuanto más difícil se hace conseguir la tierra, más continuará la

esclavitud virtual de las clases trabajadoras, más subirá el valor de la tierra y más se exigirán las ganancias del trabajo en el uso de la tierra; es decir, que los labradores deben dedicar una parte cada vez mayor de su tiempo al servicio del propietario rural, hasta que por último, por penoso que sea el trabajo, no les quede más que una vida pobre.

De los dos sistemas de esclavitud, pienso que no puede haber duda de que, estando al mismo nivel moral, el que se apodera de las personas es más humano que el que resulta de hacer propiedad privada de la tierra. Las crueldades que se perpetraron en el sistema de esclavitud de bienes muebles, son más emocionantes y excitaron más indignación, porque son actos conscientes de individuos. Mas del sufrimiento del pobre bajo el sistema más refinado, nadie parece ser responsable. Que un ser humano sea quemado intencionalmente por otros seres humanos, excita nuestra indignación mucho más que el gran incendio ó accidente de ferrocarril en que son quemadas vivas cien personas. Pero este hecho permite que no se tolerasen bajo un sistema crueldades que pasaban casi desapercibidas bajo el otro. Seres humanos sufren exceso de trabajo, mueren de hambre, se ven privados de toda la luz y dulzuras de la vida, son condenados á la ignorancia y á la brutalidad y al contagio de enfermedades morales y físicas; se ven arrastrados al crimen y al suicidio, no por otros individuos, sino por las inflexibles necesidades de que parece que nadie en particular es responsable.

Para encontrar punto de comparación en los anales de la esclavitud de bienes muebles, con los horrores que día por día se cometen y pasan desapercibidos en el centro de la civilización cristiana, sería necesario

regresar á la antigua esclavitud, á las crónicas de la conquista española en el Nuevo Mundo. Esa esclavitud de bienes muebles no es la peor forma de esclavitud que conocemos, por el hecho de que, en los países donde ha prevalecido independiente de las diferencias de raza, las filas de esclavos se han reclutado de las filas de pobres libres que, impulsados por la miseria, se han rendido ó han vendido á sus hijos. Y creo que nadie que lea nuestros periódicos diarios puede dudar de que aún hay en los Estados Unidos muchos que, si existiese entre nosotros la esclavitud sin distinción de raza, se venderían de buena gana ó venderían á sus hijos, y que realmente harían un buen negocio con su libertad nominal haciéndolo así.

No hemos abolido la esclavitud. No se puede abolir la esclavitud hasta que aceptemos honradamente la verdad fundamental establecida por la Declaración de Independencia, y aseguremos á todos los derechos iguales é inalienables de que están dotados por su Creador. Si no podemos ó no queremos hacerlo, siendo así que lo exige la humanidad y la estabilidad social, sería bueno reformar nuestra constitución y permitir á los pobres, blancos y negros, venderse y vender á sus hijos á buenos amos. Si debemos tener la esclavitud, sería mejor en la forma en que el esclavo conoce á su amo y puede invocarse el corazón, la conciencia y el orgullo de ese amo. Mejor se educaba á los hijos para esclavos de personas buenas, cristianas, civilizadas, que educarlos para el burdel ó el presidio. Pero, ¡ah!, que se niega este recurso. Suponiendo que legalizásemos de nuevo la esclavitud, ¿quién compraría criados cuando puede alquilarlos más baratos?